

FERNANDO **SAVATER** LA VOLUNTAD
DISCULPADA

COMPENDIOS TAURUS

NIHILISMO Y ACCIÓN

LA FILOSOFÍA
TACHADA

DE LOS DIOSES
Y DEL MUNDO

LA TAREA DEL HÉROE

ÍNDICE

Presentación del compendio.....	11
Prólogo a la edición de 1978 a NIHILISMO Y ACCIÓN seguido de LA FILOSOFÍA TACHADA	15

NIHILISMO Y ACCIÓN

Introducción.....	25
Antiteodicea.....	35
Nihilismo y acción	53
Apéndice: Ahab como ejemplo	71

LA FILOSOFÍA TACHADA

Prólogo y reverencias al uso.....	85
Primera parte	89
1. La filosofía tachada	91
2. De perros guardianes y aves del Paraíso	101
3. Mitos del rigor y mitos de la ciencia	113
4. Fría pasión por los círculos.....	125
5. La ilusión moral	137
Segunda parte	151
6. Ironía o Iglesia.....	153
<i>Excursus</i> : Leer filosofía.....	163
7. Lo negativo y lo afirmativo	171
<i>Excursus</i> : Placer y dolor	179
8. La identidad del filósofo	183

9. Azar	193
Apéndice I: El arte ante la teoría crítica	203
Apéndice II: El humor como estilo o Qué significa sonreír	217
Epílogo de 1978: Enseñar lo inenseñable.....	229

DE LOS DIOSES Y DEL MUNDO

Prólogo a la edición de 1982	245
Prólogo	247
De los dioses y del mundo	249
Sobre la piedad y la fe.....	253
Mis dioses	255
El escepticismo sacralizador	259
El principio de incremento de la abstracción	263
Suerte y artificio: ritual	265
El día en que acabe el tiempo.....	269
El desafío de la muerte	271
Filosofía y política	275
El sermón de Sanlúcar	277
Epitafio amenazador para la futura tumba de la ciencia.....	281
Pensamiento y escritura.....	283
Oportunidad del escándalo	287
Últimas noticias	291
Apéndices	293
La fuente de la memoria	295
La utopía, entre la ilusión y el cinismo	299

LA TAREA DEL HÉROE

Prólogo	313
Primera parte: Del querer	319
1. El planteamiento trágico de la Ética	321
2. El protagonismo ético de la voluntad: de Schopenhauer al psicoanálisis	331
3. Tragedia y libertad.....	357
4. Egoísmo contra identidad.....	375
5. El corazón de la Ética: reconocimiento.....	383
Segunda parte: Del imaginar.....	395
6. La ascunción de la Madre	397

7. El amor del Padre	409
8. Esplendor y tarea del héroe.....	419
Apéndice: La vida aristocrática	445
Tercera parte: Del convivir.....	453
9. El escepticismo ante el mundo nuevo	455
10. Qué es la revolución antitotalitaria	465
11. La legitimación democrática de la creación social.....	473
Apéndice.....	493
12. Legitimación democrática y seguridad ciudadana	497
13. La violencia política: represión, reformismo, revolución	509
Despedida.....	519
Cuarta parte: Textos complementarios.....	521
Leer, inventar, olvidar.....	523
Sobre la llamada manipulación del hombre	533
El arte como forma de cordura	551
El torero como héroe	559
Angustia y secreto	565
La soledad solidaria del poeta	573

PRESENTACIÓN DEL COMPENDIO

Este volumen incluye cuatro libros, dos breves y dos largos, o mejor: breve, largo, breve, largo, una especie de llamada de socorro. Representan lo que me parece más significativo en la primera década de mi producción filosófica, la que abarca desde el final de los años sesenta hasta el comienzo de los ochenta, exceptuando el «Ensayo sobre Cioran». Es un periodo que puede dividirse en dos partes, separadas —¡cómo no!— por la muerte del general Franco: el último lustro de la dictadura y el primero de la democracia. El autor de estos cuatro libros transitaba —como muchos de sus compatriotas— desde la negación de toda legitimidad para la represión sociopolítica y la gazmoñería vital en finiquito hacia la cautelosa pero alborozada recepción del titubeante orden democrático. Pisábamos la dudosa luz del día, parafraseando el título de un célebre libro de poemas (célebre sobre todo por su título). Como muchos otros también de quienes le acompañaron en ese tránsito y luego desempeñaron papeles destacados en la nueva etapa histórica de nuestro complejo país, el autor comienza con poco más de veinte años este galope sobre el tigre de los tiempos y lo concluye provisionalmente recién acomodado al agridulce sabor de los treinta. No más sabio sino más bregado y desde luego mucho más contento, aunque hubiese transcurrido desde la vida radiantemente triste a la vida tristemente radiante... ¡sin perder nunca la alegría!

Me parece casi innecesario subrayar dos obviedades que menciono a pesar de todo por afán de explicitud (en filosofía sólo lo explícito es honrado). En primer lugar, no concedo a estas páginas otro valor que el de la crónica de un viaje intelectual que luego ha continuado y dura

todavía, una aventura apasionada de modesto alcance cuya mejor fortuna ha sido contar desde sus inicios con la simpatía y la atención de un puñado nada desdeñable de lectores. No creo hacerme ninguna ilusión sobre la importancia de lo que aquí reúno, pero desde luego no volvería a editarlo si no creyese que algunos retazos pueden aún resultar significativos a quienes los visiten por primera vez tantos años después. En segundo lugar, me reconozco biográficamente en las ideas que estos cuatro libros primerizos exponen pero hoy ya no suscribo más que una parte reducida de ellas. Creo que es una suerte, porque si pensara en todo punto exactamente igual no hubiera tenido pretexto válido para seguir escribiendo. En nuestro país hay una curiosa superstición que desconfía de cualquier cambio de opiniones como señal de oportunismo venal (si las opiniones son políticas) o de incompetencia intelectual (si pertenecen al campo del conocimiento teórico). Hay quien dice «si se equivocó antes, también puede equivocarse ahora», como si no fuese más probable que quien nunca cree haberse equivocado esté equivocado siempre. Recordemos lo que el gran economista Keynes respondía a quienes le acusaban de abandonar unas ideas por otras: «Sí, es cierto, cuando creo haberme equivocado cambio de opinión. ¿Qué suele hacer usted en ese caso?».

De todas formas, el lector es muy libre de simpatizar más con mis fórmulas pasadas que con las actuales. En cierto sentido, yo diría que es casi inevitable que lo disparatado resulte más simpático que lo verosímil: después de todo, la mayoría de nuestros errores provienen de querer creer lo que nos agrada o lo que nos edifica —por lo cual también pueden resultar gratos o edificantes para otros— mientras que nuestros aciertos son más inhóspitos porque se deben casi siempre al reconocimiento de una realidad frecuentemente insípida y desde luego invulnerable a nuestros caprichos. Pero, en fin, también este criterio es parte de mi pensamiento actual: el mozo que escribió los cuatro libros aquí avvicinados no se hubiera dejado impresionar por él. Con todo, las líneas maestras que predominan en ellos siguen formando hoy parte de mi andamiaje intelectual, lo cual puede deberse más a mis limitaciones que a mi coherencia. Predomina antes y ahora en lo que escribo el individualismo voluntarista, el descrédito de la muerte y del sacrificio, la enemistad con cualquier unción eclesial, el atropellamiento jocoso de fuentes y razones, la negativa a desacreditar lo humano desde lo que no es humano, el fastidio antiautoritario, el ánimo conspiratorio que busca cómplices para luchar contra la tribu, la preferencia por el coraje y por el instante. Supongo que también entonces tenía como dogma la sencillez y como método la risa. En cualquier caso, estoy seguro de que la

moraleja que quiero transmitir sigue inalterable y lo malo es que hace mucho la expresó Walt Withman de modo más sucinto y eficaz que yo:

*Nunca ha habido más comienzo que el que hay ahora,
ni más juventud ni vejez que la que hay ahora;
y nunca habrá más perfección que la que hay ahora,
ni más cielo ni infierno que el que hay ahora.*

Madrid, 22 de febrero de 1996

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1978 DE NIHILISMO Y ACCIÓN SEGUIDO DE LA FILOSOFÍA TACHADA

No me parece justificado en modo alguno corregir obras teóricas primeras. No es uno quién para decidir, con el apoyo de una evolución personal de unos cuantos años, lo que en ellas había de sugestivo o de francamente desdeñable. Quizá las posibilidades que el desarrollo posterior del autor aprovecha no sean las más interesantes de las encerradas por aquellos textos: quizá el lector, quedándose con la obra de juventud y rechazando la supuesta «madurez» que de ella deriva, obre sabiamente. Sé lo que hoy más me interesa de los dos libros aquí reeditados, los primeros que escribí, pero no podría jurar que eso sea lo más sugestivo para cualquiera o para todos. Dejarlos intactos, incluso en lo que más indiscutiblemente me parece erróneo, es una concesión a mi esperanza de que aún puedan servir imprevisiblemente de algo para alguien, tal como redactarlos me ayudó a mí en su día.

Nihilismo y acción es mi obra más apasionada, quizá la única que realmente he *necesitado* escribir. En ella hay incluso panfletos de mi época estudiantil y un epílogo sobre Ahab que es el primer ensayo que compuse en mi vida, a los diecisiete o dieciocho años. Todas mis obsesiones, mi desesperanza, mi petulancia, mi arrebato sarcástico y antimoderno (tan moderno, ay, después de todo), están en ese librito: es un planteamiento en el que siempre recaigo, un alegato del que oscuramente sé que nunca saldré.

Lo menos malo de *La Filosofía tachada*, libro que hoy no me gusta demasiado, es quizá no haber atacado a la filosofía académica desde normas *progresistas*, como algunos hubieran querido entonces e hicieron después (aunque procurando no citar nombres nunca, por si las oposiciones deparan luego encuentros indeseables). Los catedráticos alternativos al

poder vigente y los manuales «ilustrados» que se preparan o se publican caen afortunadamente tan de lleno en la crítica hecha por mi libro como los nostálgicos del siglo XIII en él mencionados. Entonces, como ahora, no era fácil saber dónde está la salida, pero al menos es bastante claro dónde no está.

Los dos libros aquí reeditados formaron parte de lo que se llamó en España, allá por los primeros setenta, la «moda neo-nietzscheana». Quizá divierta al lector saber que cuando escribí *Nihilismo y acción* no había leído prácticamente nada de Nietzsche y muy poco al pergeñar *La Filosofía tachada*. ¡Lo que me hizo interesarme por Nietzsche fue que se me calificara de neo-nietzscheano! Al principio sentí un fuerte rechazo por su estilo algo bravucón y excesivo; por entonces prefería con mucho a Schopenhauer. Es ahora cuando he llegado realmente a penetrarme de la importancia de Nietzsche, de su incomparable valor ético y de su audacia política: hoy ningún espíritu me es tan necesario como el suyo, lo que desde luego estaba muy lejos de ocurrirme cuando escribí estos libros.

Mi concepto de la filosofía como expresión e incluso como provocación ha cambiado muy poco en estos últimos años de lo que era cuando empecé a publicar. Por eso incluyo como epílogo de esta edición un texto de 1977 sobre la función de la filosofía, que corrobora, amplía y —eso espero— profundiza lo expuesto en el capítulo «Ironía o Iglesia», al tiempo que señala al lector sutil la derivación de mi pensamiento desde aquellas páginas hasta la actualidad.

En la época en que me ocupaba de redactar ambos libros solía sentirme con abrumadora frecuencia grotescamente desdichado. Lo que más me conmueve de la relectura actual de los dos es comprobar la poca huella que tal estado de ánimo dejó en mi escritura, poseída de un extraño júbilo como nunca he vuelto después a alcanzar. Ese júbilo es ante todo lo que quisiera rescatar y a lo que quiero permanecer fiel.

La culpa de que yo no haya sido un escritor «maldito», destino al que todo me predisponía y cuyo incumplimiento hoy muchos me reprochan, la tiene Jesús Aguirre. Cuando le entregué *Nihilismo y acción* no le conocía de nada y todos los que me hablaban de él me contaron horrores: «ni te contestará», decían los optimistas, mientras los más pesimistas me auguraban que me llamaría para reírse de mis faltas de ortografía. Yo insistí en llevárselo porque quería publicar donde habían editado a Adorno y porque era la editorial que me pillaba más cerca de casa. Me llamó a los quince días y me dijo que procurase entregarle pronto un epílogo de unas cuantas páginas porque encontraba el libro un poco corto: por lo demás, pensaba hacerlo aparecer en seguida. De ortografía no me dijo nada. Gané un amigo

y una editorial, pero perdí ese ramalazo de perseguido que tanto podría haberme aureolado. He llegado, con el tiempo, a resignarme. La idea de publicar ahora los dos libros en un solo volumen ha sido del actual director en funciones de Taurus, José María Guelbenzu, cuya amistad prosigue dispensándome la misma generosidad de trato que esa casa ha tenido siempre conmigo.

Pocas horas después de acabar este prólogo, la muerte se ha llevado a mi amigo y compañero Alfredo Deaño. En su vida, juzgó estos dos libros con generosidad y penetración inolvidables; su opinión siempre me fue tanto más valiosa cuanto que surgía de un temperamento distinto pero complementario al mío y de una cultura filosófica abrumadoramente superior. Cada uno de estos libros lleva la dedicatoria propia de su ocasión, pero quisiera dedicar esta edición conjunta a la memoria de Alfredo, con gratitud por su enseñanza y compañía.

Madrid, 15 de enero de 1978.